

gioso y lleva como de la mano inmensos mundos del espacio y los invisibles mundos de la atómica existencia, hasta el punto de sugerir la idea de que ella gobierna y dirige la vida universal, no obstante ser por ésta dirigida y gobernada, todo ello no es nada, quizás menos que nada, para el idealismo trascendente. La realidad, la verdad, están más allá de todo lo que es vil apariencia, exteriorización y formulismo vano. Está allá, muy lejos, muy hondo, en la esencia misma de las cosas.

Pues bien, sí; la ciencia positiva no se cansa de repetirlo; la esencia de las cosas excede la humana inteligencia. El hombre está imposibilitado de penetrar el noumeno, según la expresión de los filósofos. Confesemos nuestra impotencia. Más allá del fenómeno hay barreras, al parecer, infranqueables. ¿Y qué? La fe no borrarán jamás la limitación de nuestras facultades. La palabra "Dios", escrita en el frontispicio de nuestra incapacidad, no resolverá el problema. La ciencia, ¿quién sabe? Las imaginaciones febriles del idealismo, han llenado el mundo de locos, de fanáticos, de videntes, conforme a la expresión de Carlyle. Videntes ¿de qué?

No llevaremos nuestro entusiasmo por la ciencia moderna hasta comulgar con las exageraciones del especialismo que en cada hombre que no vive la vida del cerdo ve un loco, un alucinado, un maniático, un delincuente. No confundiremos al héroe, poeta, reformador, literato o genio, juntamente con el criminal en el dictado común de degenerados o dementes; no traduciremos las maravillas de la ciencia en punto tal de raquitismo y pobreza que reduzcamos la grandiosidad del universo a la simple analogía con una máquina de duro hierro provista de rodajes, poleas, émbolos, etc., porque el universo es la mecánica de las mecánicas, inexplicable en sí misma, en su totalidad sin límites; tan acabada, que por los siglos de los siglos permanecerá tal

vez desconocida para los hombres, fuera de sus externas e incontables manifestaciones. Pero ¿por qué arte de hechicería hemos de ser conducidos a la adivinación misteriosa de lo eternamente ignorado? ¿Por qué singularísima magia habremos de doblar la rodilla ante los monstruos de todos los idealismos?

Amontonad palabras, escoged los términos más vivos, de más fuerte color; llenad páginas y más páginas; inundad el mundo de discursos y de libros; rodad continuamente alrededor de la palabra **misterio** entre el torbellino de las más estupendas divagaciones y tendréis la obra magna del idealismo, obra más que infecunda, de destrucción y de muerte; obra de odio, de maldición, en que las generaciones que fueron gastaron su existencia entera. Y al cabo de la lucha pertinaz por la fe, por la pretendida videncia de la fe, del batallar sin tregua por lo desconocido en el desvanecimiento de lo absoluto, nos hallaremos, como el primer día, sumidos en la admirativa contemplación muda, ¿de qué? Nadie sabría decirlo. **Misterio, Fe, Dios**, todo el vocabulario trascendente no os dará sino simples combinaciones de letras sin sentido ni substancia en sí mismas. Será menester, para soñar que se comprende algo, anularse en la contemplación arrobadora de las más extrañas alucinaciones, divagando acerca de aquello mismo cuyas manifestaciones grandiosas, cuya única realidad para el hombre se menosprecia, no queriendo ni aun conocerla. ¡Mundo de videntes a las puertas del manicomio!

Idealismo: ¿queréis saber cómo los que no comulgan en la trascendencia metafísica, teológica o filosófica, negándose al propio tiempo a toda fórmula de estrecho doctrinarismo materialista, positivista o lo que fuere, alcanzan la suprema idealidad de la vida?

Abrid el libro de la Naturaleza: recorred sus páginas: admirad su obra portentosa, a la que ha levan-